

Capítulo **2**

Acinesia en las periferias de la ciudad

Patricia Elizabeth Padilla Etienne

<https://doi.org/10.61728/AE23010024>

Introducción

La acinesia es un término médico que define la falta, pérdida o cesación de movimiento en alguna parte del cuerpo humano. En este capítulo se aborda la periferia de la ciudad a partir del fenómeno de la movilidad residencial, el cual se alienta a partir de las redes de ayuda mutua y al mismo tiempo se ve limitado por la falta de recursos económicos de las familias que la componen. La acinesia se aplica al ámbito urbano para determinar la inmovilidad de las personas que habitan en asentamientos de origen irregular, quienes, con el afán de cambiar de lugar de residencia en las distintas etapas del ciclo de vida, encontrarán obstáculos y pocas posibilidades de desplazarse.

A partir del estudio de movilidad residencial en asentamientos de origen irregular de Guadalajara (Padilla, 2021), donde el desafío era identificar las características de este fenómeno social a lo largo de tres generaciones y construir una base conceptual a partir del desarrollo familiar, las trayectorias residenciales y los cambios en la casa de origen, se determinó un modelo explicativo permitiendo la comprensión del proceso a través de las trayectorias residenciales que repercuten en la estructura territorial como un macrofenómeno y directamente en modificaciones de la vivienda de la pareja fundadora como un microfenómeno, tal como lo señala Bertaux (1996). Esta base servirá de punto de partida para caracterizar la inmovilidad y sus efectos en la ciudad.

La revisión de la bibliografía se centra en el abordaje de la movilidad residencial y las variables que la caracterizan, según algunas teorías y estudios en Europa y otros pocos en América Latina. La utilización de un enfoque *relacional* de las experiencias de movilidad propició el entendimiento de las condiciones socioespaciales y las prácticas sociales. La comparación en el tiempo de la inmovilidad residencial en la periferia, permitirá replantear las opciones de la nueva vivienda y la necesidad de cambiar de lugar de residencia o no, en busca de una mejora en la calidad de vida para cada integrante de la familia.

Tres apartados componen este capítulo. El primero plantea la revisión del concepto de *espacio* como una categoría social que permita entender el desarrollo de actividades en escenarios específicos. El segundo apartado, retoma la definición de movilidad residencial a partir del análisis espacial

y la función de la vivienda de origen. En la tercera parte, con base en un caso de estudio, se exploran las causas de la inmovilidad residencial y los motivos que propician la falta de estos desplazamientos, teniendo en cuenta que el tiempo y los avances en la planeación de la ciudad han sido factores cruciales para los asentamientos de origen irregular y su forma de moverse en busca de la nueva vivienda.

Aun cuando el gobierno de México en sus diferentes niveles no ha sido capaz de implementar una política pública efectiva para brindar opciones de vivienda a las personas de bajos recursos, estas han encontrado la manera de solucionar su necesidad de alojamiento. Sin embargo, esta realidad sin certidumbre en la tenencia de la tierra, carente de infraestructura para el funcionamiento eficiente y efectivo de los asentamientos y ocupada por vivienda principalmente autoproducida de baja calidad técnica y constructiva, desalienta la movilidad residencial y provoca nuevos problemas para la sociedad.

La falta de movimiento en la estructura músculo-esquelética del cuerpo humano provoca la pérdida de masa muscular y como consecuencia la atrofia. Esto genera contracturas, rigidez en las articulaciones y problemas musculares, lo cual provoca un dolor significativo. El deterioro conlleva a largo plazo una pérdida de control de algunas partes del cuerpo, acelera el desarrollo de enfermedades y el riesgo de fracturas. ¿Qué pasaría si las personas dejaran de moverse en la ciudad en busca de nuevos lugares para vivir? ¿De qué manera la acinesia urbana afectaría a la estructura de la ciudad? Los invito a reflexionar sobre la importancia de la movilidad residencial en el espacio donde se desarrollan las actividades humanas y los riesgos que pueden suscitarse si nos mantenemos inmóviles.

El espacio en la interacción social

La manera de concebir el espacio va más allá de las características físicas que lo componen. Es la expresión misma de las actividades de las personas, sus ideas, sensaciones y vivencias. ¿Qué aspectos invitan a los habitantes de la ciudad a utilizar un espacio con frecuencia? ¿Por qué hay espacios abandonados?

El espacio, por su naturaleza, se ha concebido como un contenedor de objetos, personas o sucesos, donde se da por hecho que la función principal es ser escenario de las actividades de hombres y mujeres, sin tomar en cuenta que las relaciones sociales son la causa que da significado a estos lugares. El binomio espacio-sociedad ha generado lazos permanentes que se extienden hacia una relación de dependencia mutua, en la cual el espacio necesita la interacción de las personas para permanecer y los habitantes de la ciudad reconocen que el espacio físico es vital para un desarrollo equilibrado y coherente. Para la movilidad residencial, el espacio no es solamente el escenario de las trayectorias habitacionales, también es la localización de la nueva vivienda y el territorio que alberga identidad y significado para las personas que, sin posibilidades de adquirir una vivienda o lote en el mercado formal, descubren una opción real en las periferias de la ciudad y se lo apropian.

Abordar el concepto de espacio con mayor precisión, apunta Kuri Pineda (2013), genera una discusión a partir de algunas contradicciones, conflictos y contrastes entre la tradición y la modernidad. En este caso, la modernidad hará referencia a los avances tecnológicos relacionados con las infraestructuras de comunicación y telecomunicación dispuestos en la ciudad. Émile Durkheim (1990) acuña los conceptos de *solidaridad mecánica* y *solidaridad orgánica* para puntualizar el cambio de una sociedad tradicional a una moderna. La primera representada por organizaciones sociales básicas, en las cuales las infraestructuras de comunicaciones y el transporte público y privado eran escasos y poco desarrollados. La densidad poblacional era limitada y la corta expansión territorial provocaba que la cercanía física incidiera en la proximidad entre familias.

En contraposición, el segundo concepto se funda en estructuras sociales complejas, crecimiento demográfico y territorial acelerado y un énfasis

importante en la eficiencia del transporte colectivo, lo cual provoca una interdependencia entre las personas y mayor división social del trabajo. Por su parte Ferdinand Tönnies (1979) hace una comparativa entre la casa y el pueblo, destacando que la proximidad de los integrantes de una familia o una pequeña comunidad que conviven de manera cercana, genera una relación afectiva estrecha y fomenta la cooperación y participación de todo el grupo, solamente con el hecho de compartir un espacio y una historia en común. Sin embargo, cuando el asentamiento crece la vida en sociedad se dispersa y las relaciones entre los habitantes de ese mismo espacio se vuelen impersonales. En ese sentido Tönnies concluye que los cambios en el espacio social se relacionan directamente con las transformaciones del espacio físico a través de la proximidad.

Por su parte, Georg Simmel (1986), en su trabajo *El espacio y la sociedad*, explora el espacio como objeto de reflexión filosófica y sociológica, en donde afirma que este, por sí mismo, no tiene un significado social, lo adquiere cuando las personas lo utilizan de alguna manera, ya sea para hacer una manifestación, tomar un café, hacer una llamada telefónica o simplemente caminar. Estas acciones realizadas por hombres y mujeres necesitan condiciones espaciales específicas para poder llevarse a cabo, así como elementos urbanos como mobiliario o infraestructuras que permiten su desarrollo de manera eficiente y segura. Como lo apunta Simmel (1986) “lo que tiene importancia social no es el espacio, sino el eslabonamiento y conexión de las partes del mismo, producidas por el hombre. La experiencia humana es por excelencia una experiencia espacial” (Simmel, 1986a, p. 644).

Dicho esto, el teórico establece cinco rasgos que le dan un sentido sociológico al espacio. El primero se refiere a la exclusividad en donde se establece que dos cuerpos simultáneamente no pueden ocupar un mismo espacio. Sin embargo, la posibilidad de coexistir permite que los ciudadanos se relacionen y cambien constantemente de lugar. La división es el segundo rasgo, determinado por los límites impuestos por el hombre o por la naturaleza en el territorio. Estos no causan efectos sociológicos sino todo lo contrario, son los fenómenos sociales los que le dan una forma al espacio y lo delimitan. La fijación se vincula con los sentidos y sentimientos de las personas al vivir experiencias positivas o negativas en el espacio, a través del tiempo.

Esta asociación entre acontecimientos y aspectos sensoriales en el territorio, crean un vínculo íntimo con la memoria individual y colectiva de la sociedad, contribuyendo a la apropiación del espacio y la individualización de su lugar de residencia, aún en condiciones de movilidad y desplazamiento. La *proximidad* por su parte, alude a la localización de los espacios en el territorio, que si bien no es un determinante en las relaciones sociales puede influir en estas a partir del cambio en las escalas. El último rasgo aborda la *movilidad* como un aspecto de modernidad en el espacio. La posibilidad de las personas para desplazarse de un lugar a otro permite la proximidad espacial. Sin embargo, esta no significa necesariamente el logro de una cercanía social.

Las aportaciones teóricas de Georg Simmel sirvieron como base para la Escuela de Chicago⁴ centrada en investigar la forma de organización social y espacial denominada: ciudad. Uno de sus principales exponentes, Robert Park (1999) expresó que las ciudades modernas son una forma de sociabilizar:

La ciudad es algo más que una aglomeración de individuos y de servicios colectivos: calles, edificios, alumbrado eléctrico, tranvías, teléfonos, etcétera; también es algo más que una simple constelación de instituciones y de amparos administrativos: tribunales, hospitales, escuelas, comisarías y funcionarios civiles de todo tipo. La ciudad es sobre todo un estado de ánimo, un conjunto de costumbres y tradiciones, de actitudes organizadas y de sentimientos inherentes a estas costumbres, que se transmiten mediante dicha tradición. En otras palabras, la ciudad no es simplemente un mecanismo físico y una construcción artificial: está implicada en los procesos vitales de la gente que la forma; es un producto de la naturaleza y en particular de la naturaleza humana. (p. 49)

⁴ La llamada Escuela de Chicago es una vertiente de la sociología estadounidense surgida en el periodo de entreguerras dentro de la Universidad de Chicago. Ha gozado de una importante influencia en el pensamiento social por sus trabajos interdisciplinarios, siendo sus principales representantes en el ámbito de la sociología urbana: Robert Park, Louis Wirth y Ernest Burgess (Kuri Pineda, 2013).

En este sentido, el espacio moderno sigue considerando a la función social como la sustancia principal para llevar a cabo la vida en comunidad. Aunque esta no propicie la interacción de sus habitantes de manera constante, el espacio continúa reflejando a la sociedad en su conjunto. Un ejemplo de ello son los cambios de posición social o económica de las personas, logrados a través de la actividad laboral. Esto se traduce en cambios en la localización de la vivienda, provocando la creación de grupos naturales que segregan a la población en el mismo territorio. El poder se hace presente en el espacio, por medio de una zonificación no formalizada pero que establece límites contundentes por los distintos grupos sociales al momento de utilizar la ciudad.

El poder precisa de componentes que evoquen permanencia. Algo que lo hace tangible y visible es el espacio, sobre todo el espacio construido. Marc Augé señala que gracias a la materialidad del espacio el poder encuentra perpetuidad y continuidad en el tiempo. De esta manera, podemos ver en la ciudad monumentos, construcciones imponentes, altares de barro o muros perimetrales que se extienden sobre el territorio y que no necesariamente cumplen una función sustantiva, simplemente son elementos que se quedarán en la memoria histórica de los habitantes de un lugar por generaciones. Pierre Bourdieu establece que la posesión de capital indica poder sobre el espacio. Sin embargo, no solo será el capital económico, sino también el cultural que denota distinción entre el resto de la población.

En diferentes ocasiones el poder reprime y es cuando el espacio se transforma en un lugar de lucha social que genera identidad dejando huellas entre lo material y lo simbólico. Yi-Fu Tuan (2007) apunta que “el espacio se transforma en el lugar al adquirir definición y significado” (p. 54).

De esta manera, el espacio al convertirse en un lugar adquiere identidad, propicias relaciones interpersonales y deja vestigios de una historia colmada de significados. En este nuevo espacio las personas son capaces de percibir emociones, por una parte, a través de sus propias vivencias y, por otra parte, por el lugar en sí mismo. El geógrafo Yi-Fu Tuan utiliza el concepto de *topofilia* para explicar como la sensación de bienestar de una persona o grupo de personas se puede transformar en un apego profundo hacia una parte de la ciudad, un pueblo o una región. Y como este amor

hacia su entorno puede convertirse en un sentimiento negativo a partir de una experiencia traumática de violencia o miedo, englobada en el concepto de *topofobia*. Esto nos hace pensar en las grandes metrópolis donde la densidad demográfica desborda el espacio albergando diferentes significados positivos o negativos para sus habitantes y visitantes. Y aunque la cantidad poblacional sugiere una cercanía física, la realidad es que las relaciones afectivas son cada vez más distantes e impersonales, lo que preserva la individualidad, la libertad personal y la de movimiento.

Como se analizó en párrafos anteriores la modernidad urbana genera cambios en el espacio para organizarse con mayor precisión, rapidez y eficacia. Y son las infraestructuras de comunicaciones, abastecimiento y saneamiento del agua, telecomunicaciones, recolección de basura y electricidad las que sustentan el desarrollo de los asentamientos humanos y las que con el paso del tiempo y el desarrollo de la tecnología van propiciando escenarios de comodidad, soledad y aislamiento para el individuo, rasgo inminente del urbanismo. Notables mutaciones en los hábitos de los ciudadanos despejan la incógnita en relación con la ciudad que están dispuestos a vivir. La búsqueda de espacios para habitar se logrará a través de la movilidad residencial y el significado que den a los nuevos lugares será el resultado entre el equilibrio tecnológico y el disfrute del espacio público.

Movilidad residencial y la inmovilidad

Hablar de movilidad es pensar en movimiento. Cuando lo referimos a la ciudad lo primero que se viene a la mente es la cuestión del transporte y la manera en la que las personas se desplazan desarrollando sus actividades cotidianas en el espacio. Orfeuil (2005) señala la importancia de identificar, dentro de la movilidad, la capacidad de desplazamiento de las personas y las leyes que rigen el territorio, pues a partir de estas premisas la movilidad se establecerá en distintas direcciones.

La posibilidad de desplazamiento de personas, objetos, animales, ideas e información, en el territorio repercuten en el mismo. El movimiento es el eje principal de la vida de toda ciudad y de cada ser vivo que habita en ellas (Padilla, 2021). Cuando se realiza una clasificación de los distintos tipos de movilidad, es necesario relacionarla con las personas que viven

en un contexto determinado, en este caso en la periferia de la ciudad, tomando en cuenta el tiempo que se destina para estos desplazamientos, las distancias recorridas y la función que desempeñan (Módenes, 2006).

La movilidad habitual o geográfica (Mendizábal, 1996) puede definirse como los desplazamientos que las personas efectúan, ya sea de manera motorizada o no motorizada, para poder realizar sus actividades diarias, poniendo en relación los lugares que frecuenta en forma de un sistema espacial. La movilidad social vertical, que cataloga la posición económica de la población a través de movimientos ascendentes o descendentes según el nivel de ingresos de una persona o familia. O bien, dentro de un mismo nivel social escalando posiciones en el ámbito laboral, deportivo, cultural o social, de forma horizontal. La movilidad turística se relaciona con los viajes de placer realizados por las personas de manera temporal, a diferentes partes del mundo, con el fin de ampliar su conocimiento geográfico, histórico o de esparcimiento, descanso y diversión. Una movilidad moderna y actual es la cibernética, y es el manejo de información en la red mundial de Internet. Estos desplazamientos virtuales e instantáneos en la red, han provocado una disminución en los traslados de las personas en la ciudad. La capacidad de pagar los servicios en línea, la realización de transacciones bancarias, la búsqueda de información académica específica y la compra de mercancía, entre otros, anula desplazamientos dentro y fuera de la ciudad.

Finalmente, la movilidad residencial, tema de este capítulo, se relaciona con los cambios de lugar de residencia de las personas, relacionados con el ciclo de vida, la localización espacial de la nueva vivienda y el entorno social. Todas estas definiciones se agrupan en una sola movilidad, la espacial, puesto que engloba las actividades del hombre teniendo como marco de referencia el territorio.

En este sentido, las personas se desplazan de diferentes maneras y con distintos objetivos, lo cual repercute directamente en la dinámica de las ciudades. Módenes (2006) menciona que la movilidad espacial interactúa con otros procesos en el territorio. Este autor juntamente con Kaufmann (2006), analiza la movilidad resaltando cuatro diferentes tipos según sus características de lugar y tiempo: movilidad cotidiana, como movimientos diarios de alta frecuencia; la movilidad residencial, con desplazamientos

de baja frecuencia dentro de la ciudad; los viajes, como recorridos de larga distancia con alta frecuencia; y la migración, a través de desplazamientos de larga distancia y de baja frecuencia. Desde este punto de partida es preciso señalar que la posibilidad de moverse en el territorio no es la misma para todos sus habitantes. Por tal motivo, como lo expresan Lévy y Dureau (1998), es necesario analizar la accesibilidad a la vivienda y las características de la oferta, así como la demanda y las condiciones sociales, y económicas de las personas que han decidido mudarse. En esta ocasión, la movilidad solamente se analizará a través del ciclo de vida en las trayectorias residenciales y de la planeación en la introducción de infraestructuras en la ciudad.

Cada uno de estos tipos de movilidad dependen de las redes de servicios dispuestas en la ciudad. Las tramas viales que se establecen a nivel, permiten que los diferentes usuarios de la ciudad se desplacen de manera segura y efectiva a lo largo del espacio público. Un elemento esencial de esta infraestructura es el transporte, que a través de distintos sistemas cubre el territorio comunicando a la población. La proximidad que se genera establece vínculos sociales y cercanías hacia los puntos de encuentro que satisfacen las necesidades básicas de las personas. Por otra parte, las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC), representadas principalmente por la red de telecomunicaciones, han promovido acciones virtuales, sustituyendo algunos desplazamientos en el territorio, tales como, pagos de servicios y compras en línea, esparcimiento, y lo más importante, comunicaciones instantáneas a cualquier parte del mundo con voz, datos e imágenes. Por otra parte, las infraestructuras que van por el subsuelo tales como la eléctrica, el saneamiento y abastecimiento del agua, así como la recolección y tratamiento de los residuos sólidos urbanos son aspectos que fomentan espacios más confortables y óptimos para brindar calidad de vida a los ciudadanos. Así, las infraestructuras pueden fomentar la movilidad residencial o bien la inniven a través de la virtualidad.

Robles-Silva (2020) define tres tipos diferentes de movilidad residencial: La movilidad forzada, imprevista y limitada por tiempo y el espacio; la movilidad voluntaria, la cual permite planear el cambio de residencia y la movilidad de “*ida y vuelta*”, relacionada con los desplazamientos residenciales de salida y retorno de una misma persona a la vivienda de origen.

Asimismo, este fenómeno establece una relación directa con las etapas del ciclo de vida de las personas y las causas que provocan la movilidad residencial; el significado de la vivienda de origen para las diferentes generaciones que la habitan; y la capacidad de acomodo en las construcciones autoproducidas, donde las modificaciones estructurales y los diferentes usos de los espacios de la misma, ratificará el fenómeno de la movilidad residencial como un conjunto de elementos destinados a la supervivencia de las personas vulnerables (Padilla, 2021).

Si las personas piensan en mudarse de casa quiere decir que alguna necesidad rebasó las posibilidades de la vivienda. Para cambiar de residencia es necesario tomar en cuenta que el nuevo hogar sea capaz de brindar bienestar para sus habitantes. Una nueva vivienda acorde a las necesidades de los futuros moradores, un entorno social saludable dotado de equipamiento e infraestructura que brinde los servicios básicos, un esquema financiero posible de solventar y la cercanía a los lugares de trabajo, esparcimiento y convivencia familiar. Los factores antes mencionados pueden asegurar el mejoramiento de la calidad de vida y propiciar el adecuado desarrollo de las familias. Sin embargo, esta situación de cambio no es siempre evidente y en los asentamientos de origen irregular ubicados en las periferias de la ciudad, no es siempre factible.

La localización de un lugar para vivir es una interrogante que surge en el momento de pensar en mudarse. Las opciones para comprar un terreno o rentar una casa o departamento, conforme a las posibilidades económicas de las personas de bajos recursos, son limitadas en el abanico de costos de las viviendas de la urbe. Estas limitaciones provocaron que de las alternativas más atractivas para los primeros migrantes a las ciudades haya sido la búsqueda y ocupación de terrenos irregulares ubicados en las periferias de las ciudades, en donde las familias autoconstruían sus viviendas (Ward, 1991). Ravenstein (1989) afirma que uno de los principales factores de la migración es el deseo incansable de los hombres por mejorar su economía familiar. Y sostiene que, la migración significa vida y progreso; una población sedentaria es señal de estancamiento. Por lo tanto, la movilidad de la población, sea de afuera hacia adentro o viceversa, en el interior de la misma ciudad o fuera de esta, genera crecimiento personal.

La revisión de la literatura existente, reconoce los tipos de análisis sobre el fenómeno social-urbano en cuestión y registra los puntos de partida

para su análisis. Existen algunos trabajos sobre movilidad residencial en los que se abordan casos de metrópolis latinoamericanas (Tijuana, Bogotá, Santiago, Ciudad de México, San José y Buenos Aires). En ellos, los autores Di Virgilio (2007), Suárez Lastra (2010), Graizbord (2004), Pujadas (2005), Gilbert (2001), Batista (2004), Delaunay y Dureau (2004); se enfocan en el análisis de las causas que provocan estos desplazamientos residenciales, sobre todo, las relacionadas con el ciclo de vida de las personas. Es decir, que identificando las características de las personas en las diferentes etapas del ciclo de vida (niñez, adolescencia, juventud, madurez y vejez) y su comportamiento en los distintos estratos sociales, es posible determinar los cambios en la estructura familiar y los desplazamientos residenciales de distinta índole. La localización, la situación legal de la vivienda de origen y la tenencia de la nueva vivienda, son otros determinantes de la movilidad residencial en países de América Latina.

Autores como Gilbert (2001), Ward (2007), Smolka (2003) y Abramo (2003), entre otros estudiosos de la movilidad residencial en Latinoamérica, presentan un enfoque social desde la perspectiva de los asentamientos de origen irregular, subrayando que las viviendas de las familias de bajos recursos son construcciones técnicamente deficientes, realizadas con materiales temporales o de baja calidad, lo que los lleva a pensar que una vivienda de estas características será la única que puedan tener a lo largo de su vida. El hecho de contar con una casa propia, en el caso de las familias que llegan a la periferia de la ciudad a asentarse de manera irregular en terrenos ejidales, no eleva el grado de intensidad de la movilidad residencial, ya que la opción de rentarla o venderla es casi nula. Será el recurso económico de las personas, el que permitirá la identificación de las nuevas opciones de vivienda. O bien la red social de familiares, amigos y conocidos la que posibilite una nueva elección y la posibilidad de mudarse.

Movilidad o inmovilidad

Las causas que provocan la movilidad residencial han sido identificadas para poder hacer un análisis integral y determinar los componentes de este fenómeno complejo. Algunas razones por las que las personas deciden mudarse están relacionadas con el lugar de trabajo, el territorio, la vivienda

y su localización, el ciclo de vida y la familia. Estos motivos son los ejes principales de los estudios de movilidad residencial tanto en Europa como en América Latina (Graizbord 2005; Batista-Camacho, 2004). Sin embargo, también existe la posibilidad de que la gente no quiera moverse o no lo pueda hacer por razones económicas, sociales o familiares. En el caso de los asentamientos de origen irregular consolidados, el noventa y cinco por ciento de las familias que llegan a instalarse construyen sus casas con materiales que no son permanentes, tales como, el cartón, lámina, madera o cualquier material reciclado que retomen en las calles de la ciudad. Después, inicia el proceso de autoproducción de la vivienda, sin supervisión por parte de técnicos o especialistas en el área de la construcción.

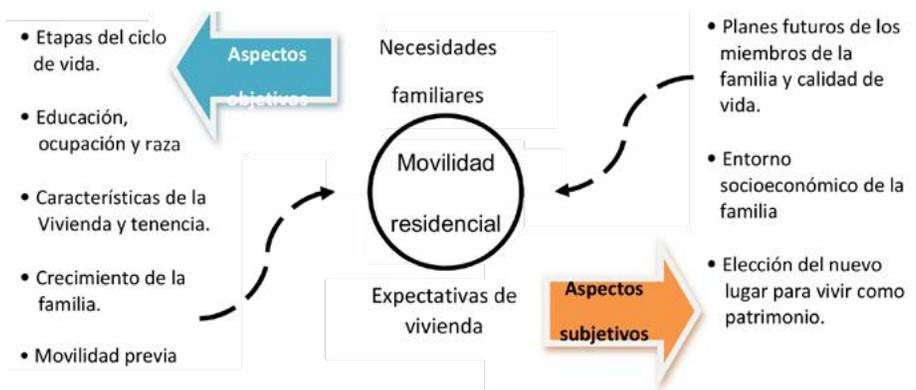
Las personas se basan en los consejos de los demás, en experiencias y decisiones propias. Dando como resultado casas con espacios poco funcionales, construidas con materiales de mala calidad y con un constante cambio en el uso de las distintas áreas de la vivienda. Lo cual genera una tendencia hacia la no movilidad residencial.

Que las viviendas sean autoproducidas puede causar que las familias no tengan movilidad residencial. Por una parte, porque para poder cambiar de casa las personas necesitan tener un capital para la compra o renta de la nueva vivienda. Si el único bien con el que cuenta la familia es la vivienda de origen, entonces habría que venderla antes de pensar en mudarse. En este sentido, la autoproducción puede ser un obstáculo en los planes de la familia. Este tipo de vivienda carece de calidad en su construcción, materiales, aspectos constructivos y de seguridad básicos y cuestiones legales en regla (permisos de construcción, habitabilidad, cumplimiento de reglamentos de construcción, etc.). Podría provocar que los compradores posiblemente ofrezcan una cantidad menor a la establecida o rechacen la oferta de la casa (Gilbert, 2001; Suárez- Lastra, 2010).

Sin embargo, la vivienda no es lo único que puede impedir la movilidad. La localización de las viviendas es un aspecto a considerar por las personas que quieren adquirir una casa. Siendo este punto un motivo que impide vender las viviendas, aunque estén bien construidas o baratas. La movilidad residencial, en los asentamientos de origen irregular de las periferias de la ciudad, es el producto de las oportunidades habitacionales y de las necesidades familiares. El objetivo de esta movilidad es cubrir las expecta-

tivas de vivienda, generando protección, patrimonio y calidad de vida para los integrantes de estas (ver Figura 2.1).

Figura 2.1. Necesidades y expectativas que provocan movilidad residencial



Fuente: elaboración propia con base en Di Virgilio, en Padilla 2021

Esta movilidad es el resultado de dos entornos estrechamente relacionados con el ciclo de vida familiar y las trayectorias residenciales. Es decir, las necesidades familiares y las expectativas de vivienda son dos elementos que inician el proceso de movilidad residencial. En el primer contexto los aspectos objetivos que generan desplazamientos residenciales están relacionados con las etapas del ciclo de vida, la educación, ocupación y raza, las características de la vivienda de origen y su tenencia, el crecimiento de la familia y la movilidad que pudiera haber habido en los integrantes de la familia previos a la llegada a la vivienda de origen. Estas condiciones contribuyen, en parte, a que las personas decidan mudarse. Juntamente con el segundo contexto que engloba los aspectos subjetivos.

Estas situaciones que tienen que ver con cuestiones propias de la familia tales como, planes futuros, cambios socioeconómicos, la protección del patrimonio y la elección del nuevo lugar para vivir, también generan movilidad residencial relacionada con la mejora de la calidad de vida de las personas (Padilla, 2021). El propósito de presentar este esquema es para iniciar la identificación de razones que generan movilidad residencial. Tal y como lo señala Di Virgilio (2007) en su tesis doctoral, estableciendo elementos básicos para definir las causas más representativas de movilidad

residencial en distintos asentamientos de nivel medio y alto de Buenos Aires, Argentina. Entonces las principales razones para que los habitantes de asentamientos de origen irregular consolidados cambien de casa, son las mismas que los hacen regresar o no moverse.

El caso de estudio a través del tiempo

El cincuenta por ciento de la movilidad residencial tiene que ver con el aspecto económico y el otro cincuenta por ciento se relaciona con el aspecto social; es decir, las redes que las personas conforman para ayudarse mutuamente (Padilla, 2021). Estos tejidos sociales en los que las personas que viven en la misma colonia, tales como, vecinos, amigos, familiares o conocidos, interactúan y se apoyan unos a otros, están regidos por códigos no escritos. Los apoyos entre los miembros de la red deben ser recíprocos y equitativos, ya sea con las cosas materiales, como alimentos, utensilios, ropa, o bien de dinero o alguna asistencia personal, como el cuidar a los hijos, ancianos, mascotas, etc. Si algún integrante de esta red no responde a la ayuda brindada, se le será retirado el apoyo hasta que pueda regresar el favor otorgado (González de la Rocha, 2000).

Estas mismas redes sociales pueden favorecer o no la movilidad residencial. Una de las herencias que los padres dejan a los hijos es el conjunto de relaciones sociales adquiridas en las actividades realizadas a través del ciclo de vida, las cuales en momentos específicos pueden ayudar a solucionar problemas, de vivienda. Sin embargo, estas redes también pueden ser un impedimento para conseguir lo necesario para vivir. Si las personas no alimentan este conjunto de relaciones se invierte el efecto de la red.

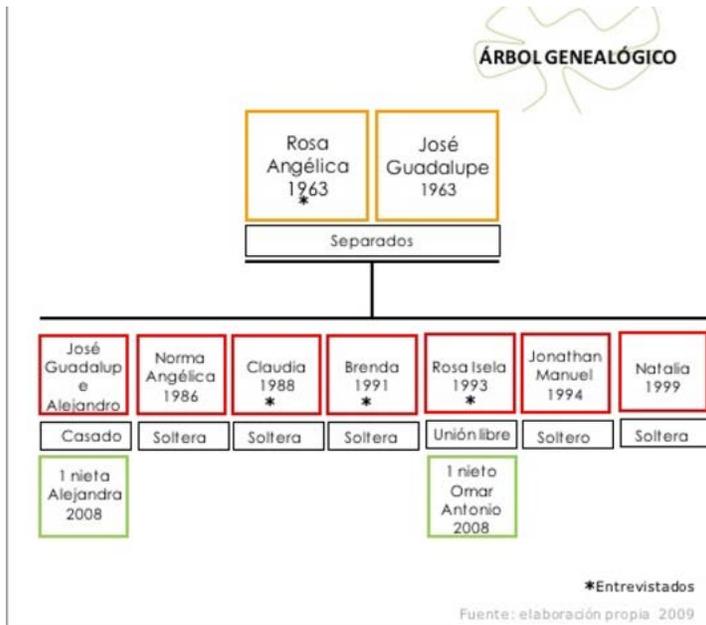
El caso que a continuación se presenta, se tomó del proyecto general “La renovación de asentamientos irregulares consolidados en ciudades latinoamericanas. En busca de una nueva ‘generación’ de políticas públicas”, coordinado por el Dr. Peter Ward de la Universidad de Austin Texas, en once ciudades de siete países de América Latina (Jiménez, 2006). El caso de estudio se sitúa en la colonia Jalisco, asentamiento de origen irregular en la periferia de la ciudad de Guadalajara, México, siendo esta una de las colonias elegidas para el proyecto general. En este caso de estudio las redes de ayuda entre vecinos y la repercusión que tienen en la movilidad

residencial de los integrantes de la familia, junto con las transformaciones de la vivienda, darán un escenario explicativo de la inmovilidad y las causas que la propiciaron hace diez años y las que la siguen promoviendo veinte años después. La situación de pobreza en la que se encontraban estas personas era extrema. Sin el apoyo del jefe de familia, la madre tuvo que hacerse cargo de los hijos aún sin tener estudios, ni trabajo, por lo cual no podían regresar el apoyo brindado por los vecinos y por consecuencia estuvieron alejados de la red de ayuda (Padilla, 2021).

Finalmente, las infraestructuras han sido un aspecto que ha disminuido el impacto de la movilidad residencial y su proximidad con los integrantes de la familia y los lugares de trabajo, esparcimiento, vivienda y educación. Los cual ha permitido una mejor convivencia con los vecinos y bienestar en la colonia.

Esta familia está compuesta por la pareja fundadora; Rosa Angélica y José Guadalupe, además de siete hijos que nacieron entre 1985 y 1999. La pareja inicial se casó, pero ahora está separada. La madre de familia (Rosa Angélica), quien se quedó con los hijos se ha encargado de la educación y sustento, porque el padre se ha desentendido de todo y de todos. De la segunda generación, en 2008 dos de los integrantes ya estaban casados, tienen un hijo cada uno y viven con sus parejas (Figura 2.2.). En el año 2018 el hijo mayor tiene un trabajo estable y ayuda a su madre con los gastos de la casa (agua y luz); Norma se casó y vive en la misma colonia; Claudia y Brenda siguen solteras terminaron sus estudios de licenciatura y viven juntas en la colonia vecina. Apoyan a su madre con la compra de la despensa para ella y sus hermanos menores. La visitan con frecuencia; Los dos hijos más pequeños viven son Rosa Angélica en la vivienda de origen. Estudian y trabajan y ayudan al mantenimiento de la casa. Ninguno piensa mudarse por el momento. No quieren dejar sola a su madre y ya cuentan con transporte público y red de Internet en la colonia que los ayuda a estar comunicados y con las herramientas para hacer tareas y trabajar.

Figura 2. 2. Genealogía de la familia estudiada

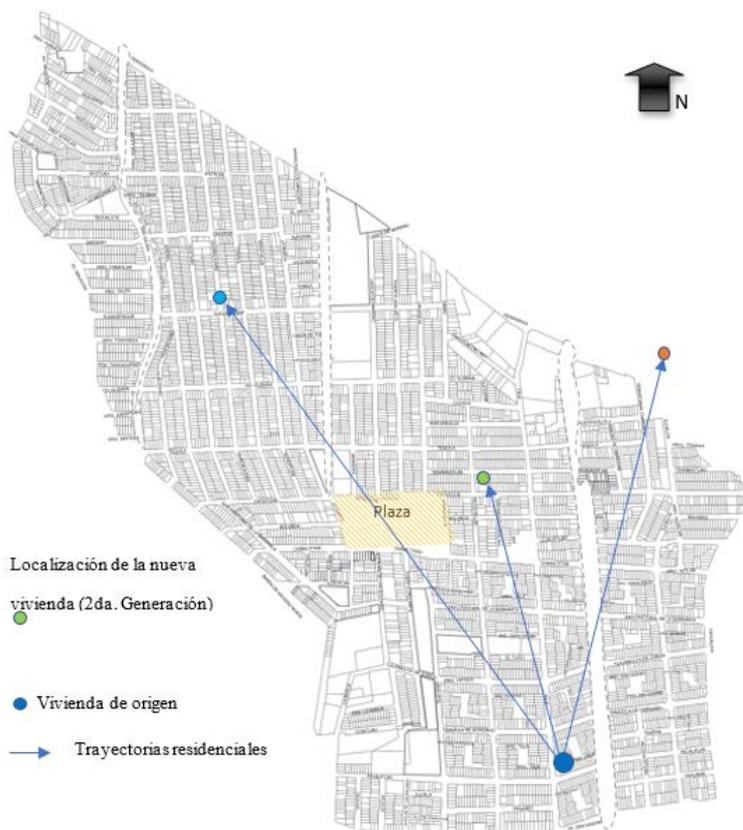


La trayectoria residencial de la primera generación inicia de la siguiente manera José Guadalupe y Rosa Angélica se casan en 1981 en la ciudad de Guadalajara, de donde los dos son originarios. Sin contar aún con casa propia, se van a vivir a casa de los padres de él, en la colonia Oblatos, por cinco años. Sin embargo, la convivencia de la familia de José Guadalupe y Rosa Angélica nunca fue cordial, por tal motivo en 1985 compran un terreno en la colonia Jalisco (Figura 2.3.) y se van a vivir a un tejabán que instalan en el terreno. En ese momento la familia ya contaba con cinco integrantes: tres hijos, papá y mamá, quienes llegaron a habitar la vivienda de origen. En el transcurso de los diez años siguientes nacieron cuatro niños más, para completar la familia que, actualmente, la conforman dos varones y cinco mujeres entre los 22 y 36 años.

En 2001, José Guadalupe decide irse de la casa. La madre de familia no se ha movido desde que llegó a esa colonia. Entre 2001 y 2004 trabajó como parrillera en un restaurante, lo que le ayudaba a llevar comida a su casa, siempre viviendo al día. En 2009 estuvo desempleada y solicitó un

“préstamo de desempleo”, además de vender ropa usada en el tianguis de segunda y tercera mano. Con estas actividades apenas conseguía obtener entre treinta y cincuenta pesos al día para mantener a sus hijos. Rosa Angélica fue a pedir trabajo a un comedor industrial, donde recibiría ochocientos pesos a la semana, el cual obtuvo después de seis meses. La carencia de recursos económicos provocó que Rosa Angélica solicitara favores a sus vecinos para que sus hijos pudieran comer y estar seguros mientras ella trabajaba o buscaba trabajo. La falta de dinero y de tiempo la imposibilitaban para regresar los favores otorgados, provocando un distanciamiento en la red de ayuda mutua establecida en la colonia. Después de diez años la madre de familia trabaja haciendo el aseo de una casa particular de la Colonia Santa Cecilia, en donde le dan un sueldo semanal y seguridad social.

Figura 2.3. Colonia Jalisco. Movilidad residencial de los integrantes de la familia del caso de estudio



Fuente: Proyecto general “La renovación de asentamientos irregulares consolidados en ciudades latinoamericanas. En busca de una nueva ‘generación’ de políticas públicas”, coordinado por el Dr. Peter Ward de la Universidad de Austin Texas, en once ciudades de siete países de América Latina (Jiménez, 2006).

Al principio (en 2008), los integrantes de la segunda generación no aportaban nada al gasto familiar, siendo que ya los jóvenes tenían edad para trabajar. La hija mayor, Norma, terminó la preparatoria y estaba buscando trabajo para costear la licenciatura en nutrición. Las demás solamente tenían la secundaria terminada y no pensaban en seguir estudiando ni trabajando. Los dos hijos más pequeños cursaban la primaria y ayudaban en las labores del hogar. Existía una inmovilidad marcada por el miedo de salir a

la calle y encontrar a su padre. Sentimiento transmitido por Rosa Angélica cada vez que alguno quería salir de la casa de origen.

Después de veinte años de su llegada a la colonia Jalisco, los integrantes de la familia han experimentado la movilidad residencial. Los cinco miembros de la familia que han cambiado de residencia han hecho un movimiento de “*Ida*”. El jefe de familia se fue de forma definitiva. Los dos hijos que salieron de la vivienda de origen en el año 2008 se quedaron en la misma colonia o en colonia vecinas, pero ya no regresaron a la vivienda de origen. Alejandro rentó un cuarto donde vivió con su esposa e hija durante cuatro años. Después un amigo de la colonia les prestó una casa donde no pagan renta, pero la mantienen al cien por ciento. Él estudió hasta la secundaria y actualmente trabaja en la empresa Coca-Cola. Rosa Isela, por su parte, quedó embarazada y se fue a vivir a la casa de los papás de su esposo, en la misma colonia. Ahora viven en una casa chiquita cerca de su madre y tuvo un segundo bebé. Ella vende ropa para ayudar a la economía de la familia. Claudia y Brenda después de estudiar la licenciatura se independizan, rentan una casa y se van a vivir juntas.

La tenencia de la vivienda de la segunda y tercera generación ha sido diferente ya que Alejandro, Claudia y Brenda en el momento que rentan su lugar de residencia difieren de la compra de un lote que hicieron sus padres. La movilidad residencial entre generaciones es decreciente en cuanto al estatus de la vivienda. Los dos hijos más chicos comentaron que no necesitan salir de la casa para ir a vivir a otro lugar. Ambos estudian licenciatura, trabajan y cuentan con diferentes formas de moverse en la ciudad para desarrollar sus actividades. Además, señalan que, al tener celulares y conexión de Internet, complementan sus tareas y actividades. “La colonia tiene espacios para hacer ejercicio y lugares con Internet para hacer las tareas, cuando no las podemos hacer en la universidad. Ya tenemos amigos y la casa está mucho mejor”, explica Natalia.

La casa en el terreno de la colonia Jalisco fue construida con la ayuda de José Guadalupe y su padre, además de la cooperación del abuelo de Rosa Angélica y de sí misma. Cronológicamente la casa se fue transformando de la siguiente manera. En 1985 la familia construye un cuarto. En un principio no tenía techo, luego colocaron unas láminas para techarlo y finalmente le construyeron la losa en 1996. En 1997 construyeron otro cuarto. Al

principio tenía techo de lámina lo cual era incómodo para los habitantes de la vivienda. Actualmente, la casa cuenta con tres cuartos, en una duermen Rosa Angélica y Natalia, en el otro Jonathan y el tercero es un espacio grande donde está la cocina-comedor y una sala de estar donde se reúne la familia, pero también es pasa hacer tareas y ver la televisión. Cuentan con un baño y un pequeño patio para tender la ropa en la parte de atrás.

La falta de redes sociales causó deterioro al interior de la familia y la movilidad se dio mucho tiempo después. Gran parte de la situación desafortunada en este caso se relaciona con las redes de ayuda establecidas en la colonia. La convivencia de la familia con los vecinos era casi nula. Rosa Angélica señala “los vecinos nos dejaron de hablar desde que él (su esposo) se fue”. Ella no interactuaba con ninguno de sus vecinos ya que ellos tampoco lo hacían con ella. La jefa de familia no tenía la confianza para pedir ayuda porque no tenían la capacidad de devolver el favor solicitado, ni siquiera con ayuda moral. Esto limitaba las posibilidades de generar recursos y restringía las capacidades de la familia para tener una mejor calidad de vida. En este caso, la movilidad residencial de este grupo de personas se ve limitado por la red de ayuda de la colonia, ya que la familia no fue recíproca con el apoyo que recibió de sus vecinos, como lo menciona De la Rocha (2000). La movilidad se ve impedida por la falta de relaciones por parte de la familia frente a la sociedad.

Finalmente, después de diez años, Rosa Angélica puede relacionarse con sus vecinos al tener un trabajo estable y contribuir como vecina en el cuidado de su colonia. Por su parte, el tema de las infraestructuras permite que ella no esté sola, pues la posibilidad de moverse a través de los sistemas de transporte actuales los comunica con el resto de la ciudad. Ya tienen luz, agua y recolección de basura e Internet consiguen fácilmente en los establecimientos cerca de su vivienda. Este caso de estudio caracteriza a la movilidad residencial de la primera generación hasta que llega a la vivienda de origen y a partir de ahí no hay movilidad por parte de la madre. La segunda generación se desplaza dentro de la misma colonia y en colonias cercanas a la de sus padres. La tercera generación aspira a vivir lejos de la colonia Jalisco, aun cuando esta está bien comunicada.

A manera de conclusión

La movilidad residencial es un fenómeno que se presenta en alguna etapa de la vida del hombre ya sea en el momento de la emancipación e independencia, al contraer matrimonio e iniciar una nueva familia o al enviudar. Estos cambios también pueden suscitarse al momento de conseguir un nuevo trabajo. Sin embargo, para propiciar la movilidad residencial es necesario contar con la localización de la nueva vivienda o cuando menos algunas opciones reales, así como contar con el capital económico o social para poder lograrlo. En las periferias los asentamientos de origen irregular proliferaron a partir de 1970. Los propietarios de terrenos ejidales promovían la compra de lotes sin servicios, pero con la promesa de integrarse a la mancha urbana a corto plazo a través de las infraestructuras.

El gobierno, implementó distintas estrategias para quitarlos. Sin embargo, eso no fue posible, sobre todo en tiempos electorales donde los candidatos ofrecían regularizar la tierra a partir de la introducción de servicios básicos como agua, luz, recolección de basura y vialidades que comunicaban a estos asentamientos con el resto de la ciudad, incluido el transporte público. Las familias de bajos recursos dependían de su vivienda, la cual significaba un refugio para los hijos y nietos. Pero también podía ser una fuente de ingresos o la posibilidad de cambiar de residencia. Estas casas autoproducidas no contaban con una técnica constructiva adecuada y los materiales eran de baja calidad, lo cual limitaba la venta o renta de las mismas, además de su localización y la falta de servicios.

La inmovilidad se hace presente en las periferias por las características de la vivienda de origen, sin embargo, son las redes sociales las que alienan estos desplazamientos aún sin contar con un capital estable. Partiendo del caso de estudio, se puede concluir que, a lo largo de quince años, sin redes de ayuda mutua es más difícil moverse y superarse. Que las infraestructuras en la actualidad han sido una pieza clave para que las personas tengan proximidad a lo largo y ancho de la ciudad y que no necesiten mover su lugar de residencia pues contar con las redes de comunicación, agua, luz, recolección de basura y telecomunicaciones propician entornos articulados y funcionales, para vivir con calidad.

El espacio en las periferias representa una lucha incansable por el lugar para vivir. El significado se centra en las formas de sobrellevar la vida y

brindar a los integrantes de la familia un espacio de convivencia y aprendizaje, así como de esfuerzo y superación. Una de las aportaciones al conocimiento que deja este capítulo es que aun cuando las infraestructuras desincentivan a la movilidad residencial en las periferias de la ciudad, son estas las que transforman el territorio y elevan la calidad de vida de las personas. Las infraestructuras dan sustento a los asentamientos humanos y propician avances para la sociedad. Sin embargo, es necesario crear un balance pues la dependencia que fomentan las infraestructuras puede provocar mayor indiferencia social. Generar conciencia en las personas del proceso para tener luz eléctrica, agua potable, Internet, recolección de basura a domicilio, ayudará a cuidar estas redes de servicios y a valorar la estructura que da vida a los espacios de la ciudad haciendo posible las actividades de hombres y mujeres. La acinesia urbana no es del todo negativa cuando existe infraestructura que pone en movimiento a las personas en la ciudad.

